

GANADORA AUTONÓMICA



DICCIMINI

Ainhoa Suárez Limia

Colegio Paula Montal Escolapias (País Vasco)

“Yo era un pequeño e indefenso diccionario cuando todo aquello ocurrió”.

Me desperté en mi balda una mañana más de un corriente día de primavera, 5 de abril para ser exactos. Algo extraño ocurría. No estaban mis padres, Diccimamá y Diccipapá. Habían desaparecido.

Me lo tomé con calma, ya que los diccionarios nos caracterizamos por nuestras microscópicas piernas y nuestro gran peso, así que no podemos andar muy lejos.

Ya me acuerdo. Ayer a la noche mis padres se escondieron porque estaban hartos de la monótona situación que vivimos los diccionarios. Si nos caemos de las baldas, no se molestan en recogernos. Cuando vamos en las mochilas, no podemos respirar, y además nos llaman pesados, molestos o insignificantes.

Nosotros lo único que hacemos es ayudar. Estamos las 24 horas del día listos para abrirnos y dar información a esos seres que nos tratan con tanto desprecio.

Dejando mis pensamientos atrás, me centré en encontrar el escondite de mis padres. Justo cuando comencé a caminar, vi una tabla del parqué suelta y un diccionario saludándome. ¡Era Diccimamá!

Corrí todo lo que pude para que mi dueño no me pillara, pero me parece que me tengo que poner en forma ya que, justo cuando iba a entrar al hueco de debajo de la tabla de madera, mi dueño entró y me vio corriendo.

– ¡Qué haces corriendo, si eres un diccionario! –gritó enérgicamente–. ¡Eres un diccionario y supuestamente habéis desaparecido del mundo!

– Eso es lo que usted cree. No hemos desaparecido, nos hemos escondido. No estamos dispuestos a consentir que nos traten como a objetos.

– Técnicamente lo sois – dijo irónicamente –. Es normal que os tratemos como objetos.

– No, no lo es. Lo único que pedimos es que nos aceptéis como buenos diccionarios que somos. Que nos cuidéis y nos miméis porque, al igual que los humanos tenéis derechos, nosotros también deberíamos tenerlos.

– Entiendo. Si los humanos creamos unos derechos para los diccionarios, ¿saldréis todos de vuestros escondites?

– Sí, supongo. Solo saldremos cuando se acepten nuestros derechos.

Mi dueño salió corriendo de la estancia y yo aproveché para meterme debajo de la tabla del parqué y reunirme con mis padres.

Al cabo de unas semanas se crearon los D.U.D. (Derechos Universales de los Diccionarios) y fue en ese momento cuando todos nosotros salimos de los recovecos en que nos habíamos escondido. Por fin, gracias a mí, fuimos felices y comimos chuletones a la brasa.

Más tarde ocurrió la revolución de los lapiceros, pero esa es otra historia que contaré en otro momento.